

PATRIA.

Entered as Second Class Matter at the New York, N. Y. Post Office, March 15th 1892.

DIRECCION.

120 Front Street, New York.

AÑO III. NÚMERO 194

Nueva York, 23 de MARZO de 1894.

LA CORRESPONDENCIA SE DIRIGIRA A

GONZALO DE QUESADA.

120 FRONT ST., ROOM 13.-N. Y.

BASES

Del Partido Revolucionario Cubano.

Propuestas por encargo de la emigración de Cayo Hueso, y Proclamadas unánimemente por las Emigraciones Cubanas y Puertorriqueñas, el 10 de Abril de 1892

Artículo 1.—El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Art. 2.—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar á toda costa al país á un movimiento mal dispuesto y discordante, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve encaminada á asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Art. 3.—El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolucion hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo ó hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, á fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y método republicanos, una Nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Art. 4.—El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas ó con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Art. 5.—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar á Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar á todo el país la patria libre.

Art. 6.—El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparacion, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza un sistema de Hacienda pública que abra el país inmediatamente á la actividad diversa de sus habitantes.

Art. 7.—El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho ó declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia ó suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia ó el afecto aconseja ó impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Art. 8.—El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I.—Unir en un esfuerzo continuo y comun la accion de todos los cubanos residentes en el extranjero.

II.—Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y á la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que despues de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

III.—Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolucion, y congregar á los habitantes de la Isla en un ánimo favorable á su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV.—Allegar fondos de accion para la realizacion de su programa, á la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V.—Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan á acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundacion de la nueva República indispensable al equilibrio americano.

Art. 9.—El Partido Revolucionario Cubano se regirá conforme á los Estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo funda

DIRECTORIO

DEL

Partido Revolucionario Cubano.

DELEGADO José Martí.
TESORERO Benjamín Guerra.
SECRETARIO de la Delegación. . . Gonzalo de Quesada.

CUERPOS DE CONSEJO.

De Cayo Hueso—*Presidente*, J. D. Poyo.
Secretario, Gualterio Garcia.
De Tampa—*Presidente*, Ramón Rivero y Rivero.
Secretario, Estéban Candau.
De Nueva York—*Presidente*, Juan Fraga.
Secretario, Sotero Figueroa.
De Filadelfia—*Presidente*, Marcos Morales.
Secretario, J. González.
De Martí City, Ocala, *Presidente*, Guillermo Sorondo.
Secretario, Martín Rodríguez.
De Jamaica—*Presidente*, J. F. Pérez.
Secretario, J. M. Valdés.
De Veracruz—*Presidente*, José Miguel Macías.
Secretario, Ignacio Zarragoitia.

DIRECCIONES:

José Martí 120 Front Street.
Benjamín J. Guerra 281 Pearl Street.
Juan Fraga 839 Fulton Street, Brooklyn.
Ramón Rivero y Rivero West, Tampa.
J. D. Poyo Key West, Fla.
Marcos Morales 514 Pine Street, Filadelfia.
Guillermo Sorondo Martí City, Ocala.
J. F. Pérez Kington, Ja.

CLUBS REVOLUCIONARIOS CUBANOS.

CAYO HUESO.

Unión y Libertad
Martir de San Lorenzo.
Carlos Manuel de Céspedes.
Luz de Yara.
Cabaniguan.
Guásimas de Jimaguayú.
José Francisco Lamadrid.
Occidente.
Juan Millares, nº 1.
Patria y Libertad.
Liga Patriótica Cubana.
Perico Cestero.
Francisco V. Aguilera.
Hatuey.
Yaguaramas intransigentes.
Pedro Figueredo.
Cecilio Gonzalez.
Key West.
Donato Marmol.
Cayo Hueso.
Thomas Jordan.
Santiago de las Vegas.
Lares y Yara.
Modesto Diaz, nº 1.
Agustín Santa Rosa.
Lamton Lorraine.
Tte. Cor. Juan Manzón, nº 2.
Jesús del Sol, nº 2.
Vanguardia de S. Sánchez.
Juan Miyares, nº 2.
Gaspar Agüero.
Brig. José González Guerra.
Riferos de la Habana nº 1.
Riferos de las Villas.
Modesto Diaz, nº 2.
Donato Marmol, nº 2.
Sebastián Amábil y Correa.
Ayudantes de la Patria.
Los Treintitres de Golcouria.
Riferos de Máximo Gómez.
General Francisco Villamil.
Coronel J. M. Párraga.
Ramón L. Bonachea.
Caballería Camagüeyana.
Jimaguayú nº 2.
José R. Estrada.
Guáimaro.
Miguel Párraga.
Riferos de Bembeta.
Rafael Morales.
Santa María del Rosario.
Julio Grave de Peralta.
Cuba Independiente.
Fermín Salvoechea.
Protectoras de la Patria.
Regimiento Enrique Reeves.
Mercedes Varona nº 2.
Hijas de la Libertad.
Díez de Octubre.
Lorenza Diaz, de Marcano.
Pío Rosado.
Luis Ayestarán.

ATLANTA.

Macheteros.
BOSTON.
Cuba y Borinquen.
STO. DOMINGO.
Guariquez.

NEW YORK.

Los Independientes.
José Martí.
Borinquen.
Pinos Nuevos.
Independientes de Cubanacán.
Mercedes Varona.
Las Dos Antillas.
Riferos de la Habana nº 2.
Cuerpo de Ingenieros.
Guerrilla de A. Maceo.
Escuela de Martí.

BROOKLYN.

Henry Reeves, nº 2.
TAMPA.
Liga Patriótica.
Ignacio Agramonte.
Aguilera.
El Águila de Tampa.
Máximo Gómez.
Coronel Diego Dorado.
Guerrilla de Roloff.
Los Independientes de Tampa.
Cuba.
Obreras de la Independencia.
Plácido.
Salomé Hernández.
Pinos Nuevos nº 2.
Enrique Roig.
Díez de Abril.

JACKSONVILLE.

Club Político Cubano.
THOMASVILLE.
Güira de Melena.
CHICAGO.
Tello Lamar.

PHILADELPHIA.

Ignacio Agramonte, nº 3.
Silverio del Prado.
Hermanas de Martí.
Liga Cubano-Americana.
Marcos Morales.
La Buena Fé.
OCALA.
Henry Reeves nº 3.
General Jordan.
José Antonio Cortina.
Hijas de la Patria.
Leopoldo Turia.

NEW ORLEANS.

Los Intransigentes.
Estandarte de Cuba.
Díez de Octubre.
SAN AGUSTIN.
Padre Varela.
QUINESVILLE.
Club Político nº de Ganeisville.
JAMAICA.
José María Heredia.
Carlos Manuel de Céspedes.
Bernabé Varona.
Oriente.
Francisco Vicente Aguilera.
José Martí, nº 2.

MEXICO.

Aponte, nº 1.
Máximo Gómez, nº 2.
Protectora del Ejército.
Angel A. Maestre.
Narciso López.
Protesta de Baraguá.
Hijas de América.
PANAMA.
Simón Bolívar.

DE FILADELFIA

En honor de Valdés Domínguez.

Señor Director de PATRIA.

Los Presidentes de los Clubs de Filadelfia, "Ignacio Agramonte," "Liga Cubano-Americana," "Silverio del Prado," "Las Hermanas de Martí," "La Buena Fé," "Marcos Morales," en nombre de los cubanos que los componen, han decidido dar muestra pública de su entusiasmo al señor Fermín Valdés Domínguez, en la reunión solemne de cubanos y norteamericanos, que se celebrará en su honor en el Industrial Art Hall, calles Broad y Wood, el sábado 31 de marzo, á las ocho de la noche.

El hecho extraordinario con que honró á Cuba, en el período más triste de su historia, el valeroso vindicador de aquellas inolvidables víctimas, no merece menos de sus compatriotas de esta ciudad que la demostración de cariño y gratitud que hoy le tributan, y á que Valdés Domínguez tiene derecho sobrado, por su lealtad singular á sus compañeros muertos, el valor con que los defendió siempre á la faz de sus verdugos, y sus sentimientos democráticos y humanitarios.

Ruego á usted, señor Director, que extienda por este conducto la invitación á todos los cubanos y puertorriqueños de New York, que hallaran en los cubanos de Filadelfia, en esta fiesta de justicia, la fraternidad y el entusiasmo con que podremos abrir senda segura á la libertad inevitable de la patria.

Saludan á usted con la mayor estimación,
MARCOS MORALES,
Presidente del Cuerpo de Consejo.

JOSÉ GONZALEZ,
Secretario.
Filadelfia, 25 de marzo de 1893.

EL 10 DE ABRIL

SE acercan para los cubanos días hermosos, en que celebrarán á la vez la constitución de la república, en la fecha de más pureza y abnegación de nuestra guerra, y el esfuerzo de sus hijos, enamorados y humildes, por continuarla. Pero en vano se esperará de PATRIA en estos días el recuerdo vehemente de ellos, ó la calurosa excitación al patriotismo. La gratitud conmovida, y la legítima esperanza, pudieran en PATRIA parecer vergonzante solicitud de puesto ó de fama. Si nuestra obra lo ha merecido, caiga. Si puede durar, durará.—Pero nada apagará ya, aunque no se la vea aún á flor de tierra, la hoguera que hemos encendido! Y al llegar el día de Guáimaro, orgullosos de nuestro pueblo mejorado y activo, podemos decir sin bochorno á los hombres del 10 de Abril:—Oh padres!

LOS CUBANOS de JAMAICA Y LOS REVOLUCIONARIOS de HAITI.

ENTRE los objetos infames de las agencias españolas en el extranjero, está, naturalmente, el de avivar el miedo que los cubanos pudieran tener á la revolución, por suponer que con ella viene lo que uno ú otro timorato ó espía osa llamar "guerra de razas," olvidando la suprema lección de los diez años creadores, cuando morimos tantas veces juntos, unos en brazos de otros, y con los disparos gemelos de nuestros fusiles oreamos el aire tenebroso para que sea palacio pacífico de la libertad. Juntos, rodilla á rodilla, echamos un mundo entero abajo. Lo que queda son las ruinas, y andamos desembarazándonos de ellas: se tarda un poco, de tanta púa y sierpe que nace entre los muros caídos; pero ya vamos á lle-

gar al claro. Habrá duelos de ojos, y lenguas atrevidas, y demagogos que se pongan de cabeza de la preocupación negra ó la blanca, y grados de aseo y de cultura, que son los mismos que ya hoy tienen los blancos entre sí, y los negros como ellos; pero si una mano criminal, blanca ó negra, se alzase, so pretexto de colores, contra el corazón del país, mil manos á la vez, negras y blancas, se la sujetarían á la cintura, y se la clavarían en el costado. Lo que queda son las ruinas. A los disparos gemelos de los fusiles, anunciamos, con el fuego creador, el alumbramiento de la libertad. El sargento Oliva cargó al teniente Crespo á sus espaldas. El Marqués de Santa Lucía enterró al negro Quesada junto á su hija. Lo demás son chacales, que rodean, con el hocico por el suelo, el cadáver de la esclavitud.

Lo demás son las agencias del gobierno español, dentro y fuera de Cuba, para que los cubanos blancos crean que la revolución acarrearía el predominio violento de la raza negra; para que los cubanos negros, azuzados en la preocupación de raza, se divorcien de la revolución, que les quitó la cadena de los pies, que abrió su vida despreciada al mérito de los combates y á la autoridad de la gloria, que es en Cuba la única que ama al negro, porque en la prueba común del valor, y en la larga hermandad de la guerra y el destierro, ha aprendido naturalmente un respeto y cariño superiores á la arrogancia y desvios de la preocupación.

Gree el gobierno de España, por la opinión de cierta especie efímera de cubanos, que hay en Cuba—contra toda verdad—un miedo sincero al predominio de la raza negra en la revolución; sin ver que los que así denuncian la inclemencia de su corazón ó la escasez de su ciencia social no son más, relativamente á nuestra población, que lo que, respecto al número de abusos del Norte, son los miembros de la sociedad secreta de blasones en los Estados Unidos. Ya en Cuba está planteado el problema inevitable de todos los pueblos, y ese es en realidad el único problema de Cuba, que explica las confusiones aparentes del país, como explica la catástrofe de la guerra: la minoría soberbia, que entiende por libertad su predominio libre sobre los conciudadanos á quienes juzga de estirpe menor, prefiere humillarse al amo extranjero, y servir como instrumento de un amo ú otro, á reconocer en la vida política, y confirmar con la justa consideración del trato, la igualdad del derecho de todos los hombres. No lo entenderán los cubanos, tal vez, ni pensarán en esto tanto como debieran; pero la campaña por la independencia significa en Cuba la campaña por la libertad, y las resistencias á la revolución, son, todas, de ese partido de amos encubiertos,—nacidos muchos de las mismas clases que aborrecen,—que queda fatalmente tras toda oligarquía, y se produce, por la altanería y codicia naturales al hombre, en todas las repúblicas. Quien ame á la libertad, previsora y enérgica, ame á la revolución. Quien la combate, ayuda á levantar en Cuba, llena de hombres humildes y viriles, la tempestad que, en las corrientes del mundo moderno, ha de desencadenar la división de un pueblo—dado á la rebeldía por su misma larga carencia de derechos—en casta aristocrática—en Cuba muy risible,—y mayoría tratada con injusticia ó desdén. No es lomo tranquilo el pueblo cubano. Quien se le sienta encima, aunque sea con albarda adobada y sedosa, no tendrá tiempo de entrar el pie al establo. No nos ofusquemos con nombres de independencia, ú otros nombres meramente políticos. Nada son los partidos políticos si no representan condiciones sociales. De un lado están en Cuba, vestidos de señoría, el hábito del logro injusto, y el desprecio, a veces brutal, del hombre humilde: y eso trabaja, inicu y sordo, dentro y afuera, por cerrar el paso á la revolución. De otro lado está

la aspiración ardiente é invencible á la libertad, buena y sincera, que es la única base firme de la paz y del trabajo. Los soberbios son los enemigos de la república: los únicos conservadores verdaderos, los que juntan y apaciguan, son los liberales. Lo que no conservan, es el odio y la altanería. La soberbia: éso está contra la guerra en Cuba. La justicia, la igualdad del mérito, el trato respetuoso del hombre, la igualdad plena del derecho: éso es la revolución.

Sobre esos miedos se apoya, sagacísimamente, el gobierno, y creyó atizar el de las razas, insinuando, con el alarde de un cablegrama, á propósito de la encubierta salida del vapor *Natalie*, con rumbo a aguas haitianas, que los revolucionarios cubanos estaban en tratos secretos con Haití. Es tierra Haití tan peculiar como notable, y en sus raíces y constitución tan diversa de Cuba, que sólo la ignorancia crasa puede hallar entre ellas motivo de comparación, ó arguir con la una respecto de la otra. Hay diferencia esencial entre el alzamiento ferrible y magnífico de los esclavos haitianos, reciensalidos de la selva de Africa, contra los colonos cuya arrogancia perpetuaron en la república desigual, pañense á la vez que primitiva, sus hijos mestizos, y la isla en que, tras un largo período preparatorio en que se ha nivelado, ó puesto en vías de nivelarse, la cultura de blancos y negros, entran ambos, en sumas casi iguales, á la fundación de un país por cuya libertad han peleado largamente juntos contra un tirano común. Haití es tierra extraña y poco conocida, con sus campos risueños como en la soledad de flores de oro del Africa materna, y tal gentío ilustrado, que sin que quemen los labios puede afirmarse que ese volcánico rincón ha producido tanta poesía pura, y libros de hacienda pública, jurisprudencia y sociología, como cualquier país de igual número de habitantes en tierras europeo, ó cualquier república blanca hispano-americana. Callarlo sería mentira,—ó miedo.

Pero la revolución cubana, que ha de entrar á su labor sin confusiones ni sustos, no tenía con Haití los tratos que publicaban las agencias españolas. Ni los tenían en modo alguno, tácitos ó expresos, los cubanos de Jamaica, contra lo que dijo el cablegrama de New York: mas no había para qué perder tiempo, y respeto propio, en negarlo. Cuando las obras defienden, no hay por qué defenderse. Los honrados se juntan, y los bribones los lapidan. De un lado están los que tienden las manos incansables á la humanidad: de otro aquellos demonios de Santa Teresa, "los que no saben amar." La gente pura se adivina y acompaña: de las cárceles, de los presidios, de la holgazanería inmoral, de los vicios misteriosos y sedentos, del odio, en ciertas almas esencial y espontáneo, recluta el gobierno de Cuba las agencias españolas. Los redime, los disciplina, y nos los clava, en Cuba y afuera, á envenenarnos el corazón. No los toma en cuenta la revolución, harto ocupada.—"Ningún tirador bueno—dijo Walter Scott,—pierde en cuervos la pólvora."

El *Herold de New York* desmiente al fin el rumor vil, de boca de los cubanos, justamente indignados, de Jamaica.

LA MASCARILLA INDIA.

CUANDO recorrí con el doctor don Carlos de Latorre las tierras de Oriente, regaló el doctor Manduley al Museo de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana un objeto indio que conservaba un pariente siyo como una reliquia, por suponerlo ídolo venerado por los antiguos pobladores de Cuba. Pero no era aquel curioso é importante recuerdo sino una mascarilla ó caricatura de los conquistadores. Era del barro con que hacían sus ollas, y media cerca de cuarenta centímetros viéndose sobre un pedestal, que semejava el cuerpo humano, una cara grotesca en la que se había tratado de ridiculizar la nariz de los europeos, mucho más larga que la de los indios.

Esa caricatura es muy notable, y merece ser estudiada por nuestros sabios antropólogos. Denota, ante todo, la personalidad de aquellos pueblos, que si no pudieron hacer todos r oposición á los conquistadores, protestaron con energía y dignidad ropias de hombres libres, y no se doblaron ante las injustas crueldades de los nuevos amos sino por la fuerza, y como resultado de la más absurda violencia. Los indios cubanos y puertorriqueños, á pesar de ser los más pacíficos, supieron morir; cayeron como mártires al pie de sus hogares, vieron mutiar á sus hijos, á sus mujeres; fué enérgica y tenaz su protesta, y allá en sus retiros,—si lloraban sus

tristezas y se preparaban para la difícil y penosa peregrinación por los montes en busca de refugio seguro á sus vidas,—la ira contra el despota se traducía en la burla sangrienta que nos han dejado en las mascarillas ó caricaturas de los bárbaros ó avaros expedicionarios españoles y en los episodios que forman la más triste é interesante leyenda.

Y si para estudiar la vida de los perseguidos habitantes de Cuba, y pensar en sus dolores, hay que ir á aquellos tristes lugares, en donde el tiempo ha guardado en la abrupta montaña el cráneo y los huesos insepultos; si en sus trabajos de barro, en sus *burenes*, y hasta en las murallas, con las que circunvalaban sus caseríos,—como las de Pueblo Viejo—hay algo que explique y denuncie una civilización que no debemos olvidar, no creo que puede desconocerse lo que significa en la historia ese pedazo de barro trabajado en la soledad como consuelo y como testimonio de la rabia oculta y de la burla merecida.

En busca de otra caricatura india andaba yo por los Llanos, y á ese empeño debí la dicha de llegar á una casita en la que puedo decir que tenía su templo la felicidad.

Me habían dicho, hacía ya más de un año, que cerca de la finca que administra el cubano Varona,—y como á media legua de la pobre vivienda en donde nos dió hospitalidad al doctor Montané y á mi el buen francés Mr. Jean Tús,—vivía una viejecita que conservaba un ídolo indio, cuya descripción me hizo suponer que se trataba de otra mascarilla.

Dulce recuerdo ha dejado en mi memoria aquella excursión.

La felicidad ajena no causa tristeza cuando el alma guarda amor grande para todo lo que es bueno y es puro. Yo me siento capaz de ser dichoso al ver á mi lado purezas encantadoras: por eso pienso hoy en aquella casita, con orgullo como cubano, y con envidia como hombre.

Era alcalde de barrio de La Gran Tierra un liberal y peninsular:—cosa difícil en Cuba, puesto que todos los forasteros son allí soldados de don Felipe II, por más republicanos que hayan sido en la aldea ó cortijo natal; pero éste lo era por la fuerza de las circunstancias, y porque así le convenía para no perder en los negocios agrícolas en que había empleado el dinero ganado allí mismo después que quedó libre del servicio militar.

Caballero, pues, en mi buena jaca,—que recuerdo con cariño porque durante cinco años fué mi compañera de fatigas y trabajos, y por traerme ella también á la memoria mis pequeñas alegrías y mis eternas tristezas,—llegué con mi criado ó paje—como se dice en Oriente,—al guineal y oficina del ya dicho señor alcalde, que era, además, curandero y *hombre de letras* en aquellos lugares. Necesitaba del prestigio de su autoridad, y la autoridad de su categoría científica como práctico.

Al frente de la pequeña caravana iba mi hombre con las insignias que no dejaba nunca; y, después que hube dispuesto rancho suficiente para estar algunos días por el monte,—dejé la casa de mi buen amigo el señor don Rafael Arrue, y muy de mañana nos pusimos en camino, pensando yo con alegría en el importante ejemplar que sospechaba poder adquirir para mi colección.

A las dos leguas confirmó mis informes un buen amigo y cubano de intachable patriotismo.

—Allí en el monte hay una casita muy limpia en donde viven dos santas: una madre que llora aún á su esposo y dos hijos, que murieron en la guerra; á quien acompaña su hija, la amiga y el consuelo de todos los que sufren: alma inocente y pura que solo ha nacido para amar.

Dejamos atrás Los Llanos y nos dirigíamos á Ovando.

Más que sendero era el nuestro tortuoso atajo por donde solo debía andar contento el ángel de la muerte. Era aquella la soledad de los sepulcros. A nuestra derecha estaba la triste desembocadura del río Ovando con sus enormes piedras negras, y con sus altas montañas sin verdor, con sus arbustos secos, y con sus cactus amarillentos, que como cirios gigantescos crecen allí lúgubres y amenazadores!

El camino era escabrosísimo: los caballos, desherdados ya, no podían seguir; y en la tierra de la vida y de la luz, en la patria de la eterna alegría de la naturaleza, el sol no había querido alumbrar con sus rayos aquel cuadro. Sobre Ovando solo hay sombras: las sombras de crímenes horrendos.

Cuando se llega por primera vez á aquellos

lugares se siente profunda angustia. Deja á la espalda el viajero la Sabana hermosa y la Gran tierra, y Vertientes, y los Llanos, y la misma Caleta, en donde la lujosa vegetación siembra por todas partes la riqueza, y abre á la exportación y á las industrias nuevas grandes fuentes de positiva ventura; en donde los hombres más honrados viven contentos, en los grandes plataneros ó entre las ricas siembras de cacao y de café, y todos guardan en la memoria la historia de la patria, y son siempre hijos dispuestos á ofrecerle el bienestar que disfrutan:—son sus hogares templos consagrados á la virtud y en aquellos puros corazones no caben egoísmos criminales.

Pero ya llegamos á la casita blanca. Hicimos alto, y saludamos aquel pedacito de monte en donde encontramos flores y luz. Habíamos andado más de siete leguas.

Nos franqueó la entrada una muchacha de ojos bellísimos, en cuya sonrisa se leía la bondad de su alma.

La casa solo tenía una habitación que era á la vez sala y aposento. Algunas yaguas servían de división; pero por entre ellas se veían las camas—tarimas de madera sobre cuatro horcones,—cuyas sábanas muy blancas acreditaban, por su limpieza, á los amos de aquel retiro de la virtud y del amor. Los muebles eran algunos taburetes de cuero y una mesa de caoba, que fué lujosa quizás cincuenta años antes, pero que ya tenían que arrimar á las tablas de la pared, porque las patas no estaban muy dispuestas á seguirla sosteniendo como hasta entonces. Fuera, y sobre tres piedras, descansaba un caldero limpio: era la cocina.

Yo hablaba con la madre de la simpática montanita, oyéndole con respeto la relación de sus penas y de sus dolores como cubana que no olvidaba las infamias de los españoles. Aquella pobre mujer se creía con derecho para recordar á todos que era necesario dejar los discursos y las elecciones autonomistas, y volver á la manigua para vengar á los muertos, y para demostrar que la honra cubana no quedó sepultada en el Zanjón.

Oímos un silvido en el monte: la preciosa india de pelo negro, tez morena y ojos de fuego saltó de su asiento, y, roja de emoción, saludó y nos dejó, perdiéndose luego á nuestra vista entre los grandes árboles del bosque.

—Va á recibir á su esposo, dijo la madre. Hace cinco años que la casé con un soldado de Cuba Libre, y mi única alegría es ver cómo se quieren, y cómo sabe ella estimar la gloria con que arrastra él sus piernas mutiladas por las balas asesinas de los españoles.

Llegó después, del brazo de la joven, el veterano cubano: hombre fuerte y esbélto, como de cuarenta y cinco años, de rostro franco y á quien hacia más simpático la muleta en que se apoyaba su brazo izquierdo.

—Buenos días, señores, dijo, llevándose la mano á el ala de su gran sombrero de varey; vengo triste. Nuestro venerable Mejía, el ciego, se muere. Él, que fué el más valeroso en la guerra, muere—como el convencional de Victor Hugo—pensando en la patria esclava y soñando con su libertad.

—Vamos allá! Vamos á verlo,—exclamó llorando la niña,—y ustedes verán—nos dijo—qué bueno es el viejo Mejía. ¡Ah, él nos casó, y nos quiere tanto!

—Vamos, contestamos todos.

Seguimos durante más de media hora á nuestros nuevos amigos. El camino era tortuoso y nuestros piés se hundían en el fango. Pasamos un arroyo que tristemente corría al pie de un bohío solitario de tablas de palma y pencas de coco: allí vivía el viejo.

Con sorpresa vi en él á un oficial de la guardia civil española que hablaba al enfermo cuya cabeza descansaba sobre el pecho de un hombre de más de sesenta años en cuyo rostro, tostado por el sol, se leía la más solemne expresión de angustia.

Fui presentado al soldado, que aunque bastante enfermo, no estaba tan cerca de la muerte como todos creían; y, con orgullo, estreché su callosa mano.

Era Mejía el patriarca de aquella tribu de hombres libres. Ciego, desde la guerra, allí vivía del cariño de todos, y pagaba el amor que lo sostenía vivo, sembrando la paz en las almas de los que quería como á hijos; repitiendo á todos la relación de los heroísmos de cuantos con él lucharon. Sin miedo á nadie era su voz el conjuro de la patria: por sus labios parecía que hablaba el genio de la guerra, y que aún estaba en sus ojos—muertos para la vida—todo el esplendor de la estrella de la bandera de la patria,

por cuya honra había derramado tan generosamente su sangre en el campo de batalla.

—Usted ha venido á conocerme—decía al español—ó á ver cómo muere un soldado cubano. Poco me importa: usted cumple su misión: el miedo los eleva á todos ustedes á la poco envidiable categoría de espías y delatores: puede usted decir que el ciego Mejía ya no peleará, pero que aquí hay hombres dispuestos para el sacrificio necesario; y con esto, ya puede usted irse, que no quiero sentir á mi lado más aliento que el de los que saben ser, como yo, hombres, y nunca asesinos ni carceleros de la honra.

Se fué el militar, y después de algunos minutos, nos despedimos de aquel valiente.

Ya nos marchábamos, cuando el viejo, levantando la mano, dijo con angustia:

—¿Por qué se va mi hija sin darme un beso?

Pero se equivocaba: cerraron sus labios el beso y las lágrimas de la angelical trigüeña, que lo quería, como se quiere al mejor de los padres, y á la que—como todos sus comarcanos—habíamos empezado á amar y á respetar, como se ama y se respeta á las almas que se transparentan en sus virtudes.

Ya yo había olvidado el objeto de mi viaje, pero no mi alcalde de barrio. Al volver tomó la palabra con aire de autoridad española:

—Señora: veo en ese rincón de la sala una cosa que tiene usted en una urna, y, sin duda, la venera usted como si fuera un santo, puesto que le enciende dos lámparas de aceite de coco; pues sepa usted que venimos á comprarle el santo; y, como ya es tarde, espero que despachemos pronto y me diga cuánto pide por el muñeco, porque el doctor lo quiere para mandarlo á la Habana.

El discurso del guía me hizo acercarme al lugar señalado por él, y, con asombro, vi que era otra mascarilla india, igual á la que regaló el doctor Manduley. Cuando quise unir mi súplica á las palabras del rudo polizonte, encontré de rodillas á aquellas dos criaturas, tan dignas de todo mi cariño. Con lágrimas en los ojos me suplicaban que les dejara aquella reliquia, á la que atribuían la dicha que gozaban. Sus frases, inspiradas por el fanatismo santo que las entristecía, me conmovieron hondamente.

—Vámonos,—dije—dejo una mascarilla india, pero me llevo la bendición de dos almas puras, y este dulce recuerdo no se perderá entre mis curiosidades, puesto que lo tendré siempre en el corazón.

FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ.

New York, 29 de marzo, 1894.

Los cubanos negros y la revolución.

EN respetuoso silencio, y con amor vehemente por los hombres puros de la guerra donde empezó Cuba á componer en la concordia y el martirio sus elementos de nación, reproducimos la carta elocuente de Felipe Santiago Roche á Juan Gualberto Gómez, rechazando airado, con las palabras viriles de nuestro presidente Spotorno, toda complicidad, culpable y canija, en la resistencia deshonorosa y parricida al ejercicio de las facultades de hombre del cubano negro.

Dice la carta:

Sr. D. Juan G. Gómez.

Mi estimado amigo:

Entra en mi honradez de propósito, en la cuestión que se ventila y en que tan empeñada se encuentra nuestra raza por despojar y colocar en su puesto á cada una de las altas personalidades políticas, que dan vida y dirección á la marcha del país cubano,—señalar este hecho á la consideración de su superior inteligencia, para que volviendo por los fueros de la justicia, nunca desmentida en político sincero, como me honro en proclamar á usted, rectifique el equivocado juicio formulado en su artículo "Deslinde de Campos," sobre el antiguo Presidente de la República Cubana.

El señor Spotorno, que es todo un hombre sincero y que no doblega sus pensamientos, me ha honrado acercándose á mi humilde persona, y delante de un crecido número de personas importantes de nuestra raza, ha hecho declaraciones espontáneas, que le honran; y nos ha brindado su valiosísimo y apreciable concurso, estimulándonos con nobles y enérgicos consejos, todos dirigidos á recabar la reintegración de nuestros derechos.

El distinguido heredero de la revolución de Yara no olvida la alta representación que en esa noble hacha llevó, por más que, cubano

modestísimo, sienta en su corazón de patriota, y condene abiertamente, los extravíos de la preocupación absurda, que se opone á la felicidad de su patria, siempre para él más querida.

Vea usted las palabras del señor Spotorno, que señalan la actitud y modo de pensar del ilustre cubano que la firma:

“Me debo á mi patria y combato como antipatriótica, la preocupación que se opone á la formación de la verdadera unión del pueblo cubano. Mi pasado, mi historia, no los rectifico: soy hijo de mis obras, y aliento en mi corazón para todo cubano—negro y blanco—la libertad y toda la consideración social a que es acreedor, en la esfera pública, toda personalidad.”

Estas palabras las escribió el señor Spotorno á vuela pluma, como el fondo de todo lo dicho por él en estos días, en asunto que todos los cubanos negros ventilamos. Yo tengo el honor de remitirselas para que juzgue, con la alta percepción de su ilustrada inteligencia, el sentimiento que anima al señor Spotorno, que no vacila en reconocer justificadas todas las reclamaciones nuestras, ni en ponerse, respondiendo á su historia como siempre lo ha hecho, al lado de la reivindicación del cubano negro.

Sepa usted, señor Gómez, que el antiguo Presidente de la República Cubana manifiesta que lo que le entristece es que existan todavía, á pesar de diez años de lucha, cubanos que discutan nuestros derechos.

Aquí termino esta carta, que es el resumen de la última entrevista que tuve el honor de celebrar con el respetable señor Spotorno.

De usted admirador y servidor, que siempre estará á su disposición y le desea el triunfo como merecimiento á sus altos servicios.

FLIPE SANTIAGO ROCHE.

Trinidad, marzo 17 de 1894.

CUBANOS UTILES.

NOBLES fiestas de hermandad ha habido estos días en Gainesville: las Logias todas de la orden de Odd Fellows en la Florida, donde se tratan y ligan hombres de mucho peso é inteligencia del Estado, tuvieron allí congreso, y celebraron con procesión hermosa la inauguración del hospital de la Orden, nunca tan loable como cuando da almohada y consuelo al infeliz. Los guardias de Gainesville abrían la procesión, con la banda lujosa del Seminario de Florida á la cabeza: las alumnas del Seminario, el Ayuntamiento de la ciudad, la Cámara de Comercio, los Bomberos, las Masonerías amigas, los mecánicos, fornidos y venerables, los veteranos federales, los veteranos del Sur, seguían, en lucidas hileras por entre el gentío de las calles empavesadas. Entre las muchas logias que cerraban el séquito iban dos de cubanos, muy halagadas y solicitadas: y las dos se llamaban “Cuba.” Cuanto el hombre tiene de bueno resplandeció, como en una hora de esperanza y descanso, en la ceremonia de inauguración del hospital; pero acaso no hubo entre aquellas paredes de caridad palmadas más nutridas que las que premiarón el discurso que pronunció allí en inglés un cubano, Ramón Rivero y Rivero. Él representa la Logia de Tampa, y la de Key West otro cubano, de los nacidos para ordenar y levantar, Antonio Díaz Carrasco: y era visible, y como de almas en pie, el afecto con que en una sesión de la asamblea oían las Logias el tributo elocuente de un noble orador norte-americano á los cubanos creadores y viriles, á los únicos á quienes un pueblo que produce y pelea puede respetar, á los que por la energía y el patriotismo se le igualan:—“Es la primera vez que en la gran Logia de Florida, decía el orador, representan dos cubanos á dos Logias que tienen el mismo nombre, pero nombre que significa algo grande, que con la disciplina y lealtad que demuestra es prueba viva de la plena capacidad del hombre cubano para las luchas del mundo moderno, que revela el patriotismo de los hijos de aquella tierra, que donde quiera que se encuentran tienen á su patria en el corazón, y que al entrar en esta humanidad activa de la Orden ponen á sus Logias, á sus escuelas, á sus periódicos, como á sus hijos, el nombre bello de la tierra en que nacieron.” De la fuente encendida de su alma habla siempre Ramón Rivero, y allí fué ejemplo honroso de lo que puede, caldeado por el amor del hombre, el talento cubano. Por unanimidad adoptó la asamblea resoluciones de condolencia por

la muerte reciente y sentida de otro hijo de Cuba, el anciano Angel de Loño, que llegó á ser Gran Maestro de la Orden, y fué entero y tierno, como de hombre y de hijo, el discurso con que agradeció el homenaje Antonio Díaz Carrasco. Era visible en la linda ciudad floridana la simpatía fraternal á los dos hermanos elocuentes, á los dos cubanos útiles.

No hay más modo seguro y digno de obtener la amistad del pueblo norte-americano, que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fé en sí, desdénan á los que no se tienen fé: y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el mérito hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño. Adular al fuerte y empequeñecerse es el modo cetero de merecer la punta de su pié más que la palma de su mano. La amistad, indispensable, de Cuba y los Estados Unidos, requiere la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar, de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte con más facilidad y rapidez que los del Norte en las civilizaciones ajenas. Los cubanos viriles y constructores son los únicos que verdaderamente sirven á la amistad durable y deseable de los Estados Unidos y de Cuba. PATRIA felicita á los dos cubanos elocuentes, á Ramón Rivero y á Antonio Díaz Carrasco, que en ocasión memorable y pública han representado á su patria con honor.

LOS SUCESOS DEL CAYO

EN MARCHA

“PATRIA,”—que ha sangrado, con lo más puro y doliente de su corazón, por la alevosía increíble de que han sido víctimas los cubanos de Key West, á manos de la liga, hoy abochornada y dispersa, de los agentes del gobierno de España, y su gobierno mismo, con el comercio codicioso y demagogos ingratos de Key West,—calla aún de propósito en todo lo referente á los trastornos de Key West, porque no ha menester de consejo la moderación y dignidad de aquellos hombres, ni debe azuzarse su pena profunda con alusiones que no la pueden aliviar.

Pero no necesita PATRIA ocultar los sucesos ya públicos. La ciudad de Tampa ha acogido á los cubanos con grandes honores, y les ha cedido en sus afueras espacio para todo un pueblo, que va á llanarse “Cuba.” Las fábricas de O'Halloran, Teodoro Perez, Manuel Barranco, Nápoles y Fleita, abandonan á Key West, y con ellos dos mil cubanos: y Fernando Figueredo, Martín Herrera y Teodoro Perez, desertando, como tantos otros, sus propiedades valiosas, se mudan á la ciudad nueva. Los obreros españoles importados á la fuerza en Key West, en virtud de contrato público con el Capitán General de Cuba, han apedreado, en unión de los obreros norte-americanos, la misma fábrica de Seidenberg que los trajo de la Habana y lastimado gravemente, de una pedrada de español, al capataz y socio que capitaneó la importación, el español Arango. El mismo Seidenberg publica que estos sucesos han sido “una victoria para los cubanos, y la degradación de los norte-americanos, producida por ellos mismos.” *The Equator Democrat*, el periódico que con inperdonable insolencia fomentó el conflicto, é injurió sin razón á los cubanos por desear su independencia desde un pueblo ya libre, hoy los adula y mimá, les ruega que se queden, para que puedan servir mejor á la independencia de Cuba, les pide que salven la ciudad. Los obreros cubanos, criados en la tiranía y el desconocimiento de todos los derechos, ven con asombro cómo los obreros norte-americanos, nacidos y criados en la libertad, amenazan á las fábricas cubanas con pedirles trabajo á la fuerza para los norte-americanos. Los cubanos, en tanto, dejan tras sí cuanto ahorraron y vieron crecer en el rincón ingrato, las tiendas que levantaron, las casas en que amaron y padecieron, y sin violar una ley, sin mostrar odio ni ira, sin abusar de su número, sin ceder al consejo del dolor ó el valor, van silenciosos adonde los aguardan con respeto: ó esperan, en acerba inquietud, la hora de abandonar la tierra injusta. ¡Todos, con renovado amor, se juran á la independencia de la patria!

Y del espíritu de esta nueva peregrinación, no hablemos nosotros: hable *El Yara*, en el elocuente artículo de uno de sus números últimos, que dice:

“Ya es cosa resuelta: el estado de incertidumbre en que se encontraba la inmensa ma-

yoría de esta inmigración cubana acerca de su marcha á otros lugares ha quedado resuelto de una manera terminante. El acuerdo definitivo de los siete ú ocho manufactureros cubanos de trasladar sus fábricas á West Tampa, que ayer publicamos es terminante.

Ya no estamos “en el aire”: estamos “en lo sólido.”

La marcha de esos industriales implica por lo menos la de mil quinientas ó dos mil personas, entre obreros y sus familias, comerciantes y particulares que se disponen á seguirlos.

Los nuevos israelitas marcharán á plantar sus tiendas á otro lugar menos ingrato.

Allí llevarán su espíritu, sus esperanzas y el ídolo de sus adoraciones.

Fijos los ojos en la tierra de promisión, allí como aquí para ella serán las ofrendas perennes de su patriotismo. Que aquí como allá y donde quiera, el corazón y las aspiraciones cubanas son las mismas.

Rabie el gobierno español; retuézense en la desesperación de su impotencia los que por servirlo en contra nuestra han labrado su propia ruina.

Agrupados acá ó allá, ni nos enmendamos, ni nos arrepentimos, ni plegaremos la bandera gloriosa de la independencia de nuestra Cuba, porque ella simboliza en la negra noche de la expatriación iris de esperanza y bálsamo de consuelo para nuestros dolores.

Embracemos, pues, la alforja del peregrino y... preparémonos á marchar.”

MANIFIESTO AL PUEBLO

de los Cubanos de Ocala.

LECCION oportuna á los que desconían de la capacidad republicana del pueblo de Cuba; y de la inevitable ascensión del espíritu del país, ordenado y decoroso por naturaleza, es el manifiesto en que los vecinos de Martí-City, el lindo pueblo cubano de la agrícola Ocala, anuncian su resolución de oponerse á todo escándalo ó bajo comercio que desluzca la moralidad envidiable del poblado naciente. Y no es de condes y duques, ni de oficinistas leguleyos, la población que así se defiende,—con riesgo de su sangre—del desorden y el vicio. Es de lo doloroso de la vida, de lo que suda el pan que come: allí el médico frustrado trabaja, en la mesa diaria, junto al esclavo de ayer, y con él se indigna contra la opresión, y ama y practica el derecho: allí el obrero de ciudad, parcial y levantisco, se codea, hermano, con el hijo sereno y astuto del campo y de la guerra: allí ara uno, y otro cría, y el que hace versos pone un horno de pan, y la esposa delicada le lleva los libros al ágil tendero,—y las casas, por menudas que sean, tienen bruñido el piso, pulcros los muebles y elegantes, y en el muro blanco,—presidiendo,—la adorada bandera. De su culto, nadie se burle: de un excéptico cubano, de talento riquísimo, sabe PATRIA, que no anda hoy por lo espinoso de la revolución, aunque de seguro la tiene en las venas; y cuando tiene á comer en su casa suntuosa á un amigo de honor, lo lleva, de sobremesa, á la biblioteca fina, abre un rincón, y allí, en el fondo, entre paños negros, está, plegada, la bandera cubana: ¡otros, todos, nos preparamos ya á abrirla al cielo libre!—Y los cubanos de Martí-City quieren que su pueblo sea digno de la bandera. Ellos, los humildes, construyen. Otros se deshonoran. Extractar el manifiesto, es deslucirlo. Dice así íntegro:

“En Martí-City (Ocala) Fla., á los siete días del mes de marzo de mil ochocientos noventa y cuatro, reunidos en “mass-meeting” los emigrados cubanos y algunos hombres de nuestra habla, no nacidos en Cuba, que á nuestro lado viven y trabajan sin el feo designio de desprestigiar esta comunidad, por el mero hecho de que es conocida como colonia cubana y lleva el nombre de un cubano que es para nosotros simbolo de virtud patriótica, teniendo en cuenta que mientras preparamos con el acuerdo de los cubanos que en Cuba viven la libertad y regeneración de nuestro pueblo, uno de los mayores servicios que podemos prestar á nuestra patria es desmentir con la ejemplaridad de nuestra vida á los que nos calumnian, elevando al mismo tiempo y dignificando el nombre de Cuba.

Resolvemos: organizarnos para la defensa de nuestro prestigio, del decoro y la paz de las familias, proscribiendo de entre nosotros la taberna, pública ó clandestina, el garito y todo lo que sea origen de escándalo é inmoralidad pública, evitando que, como en otras localidades, la colonia extranjera sea el vertedero

donde se arrojen todos los elementos perniciosos de la sociedad.

A este fin acordamos nombrar un Comité popular que vele por el cumplimiento de la resolución anterior, teniendo el apoyo del pueblo ante el cual, en pública asamblea, presentará sus acusaciones contra los que amenacen nuestra honra colectiva.

Ni de esta asamblea ni del Comité tienen nada que sospechar ni temer los obreros que reclamen sus derechos con energía, pues, compuesto uno y otro de hombres de todas las clases, aunque en su mayoría obreros, se proponen dejar libre campo á la lucha de los intereses encontrados, sin intervenir en favor de unos ni de otros; por el contrario, el Comité deberá escuchar á todo obrero que por reclamaciones del trabajo pudiera ser atropellado en sus derechos de hombre y de ciudadano, cuidando de que no se abra aquí el capítulo de las violencias, siempre de funestos resultados.

Por orden del Pueblo,
El Secretario del Comité Popular,
SEGUNDO GONZALEZ.

EN CASA DE QUINTERO.

VIVE en lo alto de Brooklyn una familia de cubanos, tan sana y unida, que es como cuando se va por nuestros campos, traspasado de sangre ó de la lluvia, y en lo espeso del monte se descubre, apiñado á la puerta, el rancho generoso. De la patria es la casa de los Quintero, y allí, sobre la tienda en que venden el trabajo de sus manos, está la sala menuda y elegante, realzada con labores de las hijas, que un día da asilo á la patria, para un club ú otro, y otro día es el albergue de la escuela que el buen Raimundo Ramírez lleva al hombro. En la sala, apretados, debate el club, ó regaña, ó propone, ó censura, ó premia, ó elige. La madre, en su pulcro traje negro, anda muy ocupada, por la pieza vecina, á la luz pobre del quinqué; arreglando los dulces caseros, la fila de copas, el vino hospitalario. Preside, rodeado de sus hijos,—sea cualquiera el presidente Ponifacio Quintero, que ni con pícaros ni con holgazanes tiene paz, ni sabe más verso que el de Julia Dorr, donde dice que la obligación del sér humano es crecer: él, y los hijos, estudian sin cesar: dan la mano, y parece que se juran: no parece que es aquella familia, sino cuarto de banderas: ellos aprenden, inventan, saben de química y mecánica: son gente de campo, y de genio: y solo aman á quien les ama á Cuba.

En esa casa tuvieron el lunes su reunión, para asuntos de clubs, “Los Independientes,” que llegaron, solos, al primer mil del tesoro de la revolución y el “Cuerpo de Ingenieros,” creado por Ramirez hombre á hombre, que puso nuestra estrella sobre el ataúd de Demetria Betances. Pero los Ingenieros estaban como de fiesta, y era que tenían invitado á su junta á Fermín Valdés Domínguez: que fué al convite el cubano querido, y con su palabra robusta y rebelde les habló del alma real de Cuba, que él vió de cerca ahora, y hierva y espera: que la casa de los Quintero tenía aquella noche beldad aún mayor, porque á la que le da el trabajo y pureza de la santa familia, y su espíritu cordial é independiente, se añadia la del pensamiento libre, que increpa ó decide en las cosas de la patria, y la de la ferviente gratitud con que los cubanos allí reunidos saludaban al que de su vida entera ha hecho azote y castigo al opresor de su patria.

MARGARITA PEÑA

NUESTRA sociedad se ha conmovido profundamente. Margarita, esa flor de tan delicado perfume, ha muerto el 12 del corriente. Ha bajado á la tumba este ser adorable en la mañana de su existencia.

Jamás el sol lanzó sus rayos sobre frente más pura, ni encendió un corazón más inocente. ¡Ella, cuando veía renovarse á su alrededor la pompa de los campos, el florecimiento de los jardines, rindió en medio de tanta vida, la suya generosa al fatídico golpe de la muerte! ¡Ella, la hermosa primavera, no puede renacer como la naturaleza! Murió en medio de la luz y de las flores, oyendo con ternura infinita palabras de consuelo, suspiros dulcísimos de amor; murió cuando esperaba ver realizado su ensueño de gloria, su risueña esperanza: cuando la corona de sus bodas iba á ceñir su frente virginal. Y no podemos conformarnos con la muerte de un niño, de una cabeza que no ha blanqueado la nieve de los años... ¡Y es que no pensamos en cuantos pájaros nueren en su nido sin haber saludado las campiñas, cuántas flores desparra el viento en botón, y cuántas olas no llegan á la tierra! Respetemos el orden admirable de la creación.

NESTOR L. CARBONELL.

to é influencia de éstas en la civilización anti-gua.

Después de Marcano, nadie disputará la gloria al Dr. Rojas de ser el primer antropólogo de América. Y sus obras estarán en todas las bibliotecas, como un código científico, y como fuente de verdad.

No acaba, pues, su vida en tumba que, avara de su gloria, oculta y guarda sus restos. Ahora empieza á vivir tranquilo la vida de la inmortalidad el luchador indomable, el patriota justo, el sabio, y el hermano de todos los que sufrieron sobre la tierra.

FERMIN VALDÉS DOMINGUEZ.

10 DE ABRIL.

Se acerca la fecha más gloriosa de nuestra historia política.

El día en que se proclamó la República, en que se aprobó la Constitución de Guámaro, en que fueron declarados libres é iguales á todos los habitantes de Cuba.

Día de gloriosa recordación, de honra cubana, ha de celebrarse, de seguro, por nuestros compatriotas todos, en los centros de emigración, con tanto más motivo cuanto que, en ese mismo día, cumple tres años la fundación del Partido Revolucionario Cubano, al que pertenece la mayor parte de los emigrados cubanos.

Según tenemos entendido, en esta ciudad, cuyos correligionarios á nadie ceden en entusiasmo patriótico, tendrá efecto el día indicado la doble celebración con el mismo buen deseo y el propio esplendor con que Tampa acostumbra celebrar nuestras fiestas patrióticas.

Preparémonos, pues.

(De Cuba, Tampa.)

APUNTES sobre los Estados Unidos.

(Traducidos de los periódicos y libros norte americanos.)

El gobernador del Estado ataca con cuatrocientos soldados el Ayuntamiento, donde se resiste la policía.—El poder ejecutivo desata el judicial, y asalta con las armas el poder municipal:—Estado de COLORADO.

Desde la guerra de rebelión, ningún ciudadano americano ha visto escenas semejantes á las de Denver hoy. La ciudad ha estado prácticamente bajo la ley marcial. Los departamentos de policía y de bomberos, autorizados con una providencia del tribunal, se negaban á permitir que el gobernador ocupase por la fuerza las oficinas de la policía, para deponer á los dos miembros de la junta, que el gobernador removi6, en virtud de la ley que le facultaba á hacerlo con causa probada, y que, según su derecho personal, acudieron al juez, para no ser removidos, hasta

7 IGNACIO MORA por GONZALO DE QUESADA (Continuación.)



MANUEL QUESADA.

En los primeros días del mes de diciembre de 1868 tuvo lugar en Guáimaro una conferencia provocada por el C. Carlos Manuel de Céspedes, para tratar de someter á un solo gobierno el territorio insurreccionado. Pretendía en ella, que habiéndose pronunciado el Camagüey posteriormente á la comarca que él gobernaba, debía sujetarse al gobierno que encontraba constituido, y no crear uno nuevo; exponiendo razones muy dignas de tenerse en cuenta para que se evitara una división, que era, sin duda, perjudicial dentro y fuera del territorio. Contestaron los del Camagüey, ponderando de la misma manera la trascendencia de aquella división; pero sosteniendo que era indispensable mientras el C. Céspedes no estuviese dispuesto á variar de sistema; dijeron que sus mandatarios aceptarían con entusiasmo la jefatura del capitán general de Oriente, con tal que éste renunciase á su título; que la distribución de los poderes era la garantía más interesante para asegurar los derechos del pueblo y una buena administración; que se daría á Céspedes el primer puesto civil ó militar, como él lo eligiese; pero nunca los dos; que no podía admitir el Camagüey la profusión con que se habían conferido las altas graduaciones militares, con perjuicio del tesoro, de la dignidad, y tal vez del reposo ulterior de la República; que tampoco podía admitir que se considerase la religión católica como del Estado, creyendo ellos que la religión es asunto de conciencia y ea que no debe intervenir; en fin, que deseaban un gobierno general, siempre que no fuese idéntico al antiguo, pues contra las instituciones, y no contra los hombres, se habían ellos levantado, resueltos á derramar su sangre para destruirlas. Sostuvo sus pretensiones el dictador, y no verificándose acuerdo, se convino en prestarse mutuo auxilio,

que el gobernador, en cumplimiento de la ley, no mostrase causa. El gobernador desatendió la providencia del tribunal, y convocó la milicia para atacar el ayuntamiento, donde estaba armada la policía, dispuesta á resistir esperadamente. La dinamita estaba pronta. El gobernador estaba decidido á triunfar. Los ciudadanos, temiendo un asesinato en masa, abandonaron los negocios para ofrecerse de árbitros. La milicia movió como á las dos y media de la tarde sobre el ayuntamiento, y encaró contra él, como á una cuadrada de distancia, la artillería; la policía, provista de rifles, escopetas y revolvers, aguardaba el ataque. Durante horas estuvieron ambos cuerpos esperando la señal de las hostilidades. Los cuatrocientos milicianos estaban prontos á saltar, á la primer voz de rancó. Miles de almas henchían las calles, ocupábanse los huecos y llenaban las ventanas, aparecían por todos los techos y alturas. Mezclados con la multitud rodeaba las tropas, había seiscientos alguaciles armados hasta los dientes: y cada uno tenía un logido ya su blanco entre los milicianos, de modo que los cuatrocientos habrían estado por tierra como á un soplo, si se hubiera abierto la batalla. Estos seiscientos alguaciles, juramentados el día antes, eran los matones de Smith «el resbaladizo», gente de apuestas y de carreras. «Nos mantendremos en el ayuntamiento contra todos los ataques de afuera, aunque nos tengamos que defender con dinamita», decía el jefe de policía en el principio atrincherado: «si el gobernador llega hasta las bridas, hasta las bridas te voy a poner, pero no tendrá el ayuntamiento.» Se acordó de una de las más fieras batallas, de las esperadas motines, de los más lúgubres alzamientos que se hayan visto jamás. Por fortuna, la conducta eficaz de los hombres principales, que abandonaron sus negocios, y se presentaron en corporación á pedir prórroga á los contendientes, permitió una demora que impidió tal vez la rebelión sangrienta, y el asesinato del gobernador del Estado. Lo más probable es que si los milicianos hubieran disparado un tiro, el motín se hubiese apoderado del gobernador antes de que la ayuda oficial pudiera rescatarlo.

(Del Her. y el Sun, de New York, marzo 16 de 1894.)

Motín y asesinato en unas elecciones.—Escenas electorales.—Estado de NEW YORK.

(Declaración del hermano del muerto ante el tribunal.)

Robert Ross fué asesinado en una pelea de republicanos, en un distrito electoral. Desde la junta primaria hubo sangre y desórdenes en la elección. Elegimos á John McGough, presidente, y yo fuí electo secretario. Los electores empezaron á votar rápidamente. Se objetó á muchos votos, pero el presidente, en vez de recibir las objeciones, puso su nombre al lado de la urna, de manera que los demás inscriptos no pudiesen ver lo que se hacía. Boland y yo estamos. El presidente sacó el revolver, pero yo le jeté la muñeca y lo así por la garganta. Él buscaba con el arma á Boland, hasta que yo lo forcé á guardársela. Pedí al de la urna que la pusiera de modo que se viese, y con na

en proceder de consuno en los asuntos interiores y en emitir, con la garantía de ambos gobiernos, dos millones de pesos en papel." (*)

El mes de febrero de 1869 finalizaba, y nada se había conseguido: Las Villas pronunciadas el 7 de dicho mes, con acierto recomendable, no formaron gobierno, ni se adhirieron al de Céspedes, que preferían, sino nombraron una Junta Revolucionaria, compuesta de Miguel Gerónimo Gutierrez, Antonio Lorda, Tranquilino Valdés, Arcadio García y Eduardo Machado Gómez, con la misión de llegar á un entendimiento con el Camagüey y el Oriente, y establecer un gobierno nacional.

En aquella situación, que á prolongarse hubiera traído graves trastornos á la patria, fué que Ignacio Mora rindió su servicio trascendental. El Camagüey lo eligió para que efectuase un acuerdo con Carlos Manuel de Céspedes, otorgando á Mora amplios poderes para que ofreciera al caudillo ilustre la Presidencia de la República que se anhelaba organizar y obtuviera que á Quesada se le encomendase la jefatura del ejército, considerándolo mas apto, por sus conocimientos prácticos de la guerra. Ignacio Mora se dirigió á Bayamo, donde debía encontrar á Céspedes que, después de sofocar «la primera intención de discordia surgida en la revolución» en el campamento de Donato Mármol, era el jefe supremo reconocido de Oriente. En Vegueta (Bayamo), en marzo, se verificó la entrevista. Mora reveló sus elevadas penidas de mente y corazón; y con imparcialidad y decidez expuso y juzgó las diferencias que hasta entonces habían impedido la fusión de los cubanos, y después de ligeras objeciones, el Libertador, mostrando una nobleza y un desinterés, que si no tuviera otros timbres para ser venerado por sus compatriotas lo haría inmortal, accedió á lo propuesto por Mora, en obsequio de su única ambición: la independencia de Cuba. A principios de abril se puso Céspedes en marcha, llegando el 8 á Guáimaro, donde se hallaban reunidos los comisionados del Centro y los de Las Villas, quienes consolidaron con su desinteresado patriotismo la obra modesta pero imperecedera de Ignacio Mora.

Reunida la Cámara de Representantes, adoptaron, el 10, la Constitución en que se emancipaba á los

(*) La República, Antonio Zambrana.



desvergüenza se negó, y siguieron votando. Hubo vez en que presentaron á un tiempo cuatro papeletas: Cleary, Boland y yo volvimos á protestar. El presidente dió un puñetazo á Boland en la cara, y le apuntó otra vez con el revolver. Cooley se echó sobre la urna, y entonces fué cuando Dunlop, entre el ruido de los cristales de las ventanas deshechas, se apareció con algo en la mano. Le pegué en la cabeza; Shea le puso á Cooley el revolver á la sien. McGough, el presidente, floreció el suyo por el aire, y me embistió, y me dió en el ojo con la culata. La urna, se la habían robado. A mi hermano lo mataron el 6 de marzo, en la sala de votación. A eso de las doce Shea y Cleary McGough y otros extraños entraron en cuerpo en el salón. Hayner entró detrás de ellos, y el capitán de policía. Hubo palabras, y echaron á Hayner. Mi hermano William estaba en la acera, y Robert á su lado. Shea le pegó á Hayner en la cara cuatro veces, y ya todo fué muy de prisas. Hayner se llevó la mano á la pistola; McGough le puso el revolver á la nuca; Shea, revolver en mano, castigó otra vez á Hayner; todos peleaban ya; Robert estaba luchando con un hombre desconocido por mí: el hombre tenía un revolver y lo disparaba. Yo le seguía viendo á Robert la cabeza, por sobre el gentío: al fin apareció, al otro lado de la calle, y tenía sujeto á su hombre. Iba yo hacia él, cuando Shea de un salto se me adelantó, y disparó. En aquel instante mi hermano pareció vacilar, y lo vi caer: creí que le había dado el tobillo, y se apoyaba con la mano en el suelo. Shea volvió á dispararle. «No le tire usted á un hombre caído», le grité. De una distancia de diez pies volvió á hacer fuego Shea. Ya yo tenía en mis manos la cabeza de mi hermano muerto. Le hablé, pero sus ojos estaban cerrados, y sus labios estaban apretados. Yo dije entonces: «Si hay entre todos estos hombres un ciudadano americano, venga y ayúdeme.» Vino uno.

(Del Sun, de New York, marzo 16 de 1894.)

Un linchamiento.—La caza del preso.—Un niño prepara la hora, y cien vecinos lizan el preso.—Estado de PENNSYLVANIA.

En Pennsylvania, en lo más culto y democrático de los Estados Unidos, Richard Puryear, negro joven que aguardaba en la cárcel su sentencia por el asesi-

nato del tendero Ehler, fué linchado hoy. Lo mató por robar; se llevó unos treinta pesos; hirió á la tendera. La naturaleza del crimen hacía segura la condenación de Puryear. La cárcel es fuerte y nueva y toda de ladrillo, de dos pisos. Ya una noche habían querido linchar á Puryear, pero lo supo el alcaide, y con un cuerpo de alguaciles pudo frustrar la tentativa de los campesinos amotinados.

Dicese que como á las siete de la mañana el alcaide, que iba por el corredor con la bandeja del almuerzo, vió abierta la puerta de la celda de Puryear: que lo vió salir de una celda desocupada y lanzarse á la puerta; que Puryear echó el cerrojo por fuera y dejó al alcaide preso y voceando; que á las voces de la mujer, que abrió la puerta al marido, salieron á perseguirlo el alcaide, el llavero, media docena mas, como siempre salen. Por las calles empezó la caza abierta, y el negro iba muy adelantado, hasta que tropezó

zó en la fuga con Benjamin Cuenton, negro como él, que desde la niñez era su amigo y había trabajado con él en el ferrocarril. La caza siguió estrecha, y el amigo Benjamin era el que iba más cerca de Puryear. Este iba desalado. Se halló un arroyo de tres varas y lo saltó; halló una cerca y la saltó; halló un arroyo rápido y negrozco, y se echó á él: por encima de la cabeza de Benjamin, que lo seguía, graneaban las balas; iba ya como en salvo cuando el amigo Benjamin le disparó, y Puryear cayó en tierra, y volvió á alzarse: disparó otra vez Benjamin, y volvió Puryear á caer: Benjamin le puso al fin la mano en la espalda. Por delante de Benjamin volvió el preso por el camino hasta la muchedumbre que le esperaba del otro lado del arroyo: «¡Linchenlo! linchenlo!» En el gentío estaban algunos de los que lo quisieron linchar una semana antes. Corrió uno al matadero de Palmer y volvió con una cuerda recia, moñón y polea, que usan para colgar las reses muertas. El motín se apoderó de la cuerda que era como de sesenta piés de largo. Llevaron al preso á un meple grande, con una rama fuerte á pocos piés de tierra. A unos veinte piés había un árbol más pequeño, donde podía la cuerda asegurarse. Puryear se caía de miedo: «¿No hay nadie que me lleve á la cárcel?»—Un alguacil, que estaba entre la gente, quiso llevarse el preso, pero lo echaron rudamente á un lado. Un niño de dieciséis años le ajustó el nudo á Puryear. Más de cien hombres, todos los que le cabían á la cuerda, se asieron de ella, y á una señal, subió el negro por el aire. Dió la cabeza contra el tronco, y pareció quedar desvanecido, porque no se movía. Quedó ahorcado. Por la ciudad y el condado, y por todos los pueblos vecinos, cumplió la noticia del linchamiento, y fueron cientos de todos los alrededores. Parecía como si todas las mujeres y niños de la ciudad hubieran venido á ver el muerto. El cadáver se lo llevaron; pero la gente no se fue, sino que era cada vez más, y se llevó astillas del árbol para memoria. La rama en que se colgó á Puryear fué aserrada en rodajas.

Benjamin Cuenton era el héroe de la ciudad. Todavía Puryear colgaba, cuando Benjamin, sombrero en mano, iba recogiendo una suscripción; y sacó quince pesos. Luego cortó en retazos la cuerda, y los fué vendiendo por la calle, á veinticinco centavos.

(Del Sun de New York, Marzo 16 de 1894.)

clavos, en que la Cámara, quizás demasiado temerosa del militarismo, se reservó y centralizó para sí facultades que en época de guerra debieran residir en el ejecutivo, pero en que como enseñanza para la república de mañana avisaba que no sería Cuba una democracia nominal, con un tirano á la cabeza. Carlos Manuel de Céspedes nunca fué más sublime que aquel día, cuando tal vez presintiendo la derrota de la revolución, consintió en que se pospusiera el triunfo final é irremediable de sus ideales, y en sacrificar su propia personalidad, por salvar á su país de la suerte de sus hermanos en el continente, destinadas á sangrar hasta que se limpien del veneno funesto del personalismo.

Ignacio Mora no pudo tomar la parte que le correspondía en aquellos días solemnes; una enfermedad que contrajo en su viaje á Oriente, complicada con el veneno que le propinó en un medicamento el boticario español Salva, de Guáimaro, debilitaron y resintieron su físico á tal extremo, que hasta mucho tiempo después no recuperó la salud por completo; pero á su lado estaba Anita, que el 4 de diciembre logró escaparse del Camagüey, cuando la iban á prender, y que le cuidaba con ternura y devoción, más que de esposa, de madre; él no podía saludar la república que ayudó á crear: Anita la saludaría por los dos.

En el día memorable en que las comarcas todas de la Isla, unidas en el ideal de la independencia, latían con un mismo corazón, la oratoria fué digna del acontecimiento. Las declaraciones autorizadas de Céspedes, el Primer Presidente, el representante de la soberanía popular; la brevedad de Quesada, el soldado valeroso llamado á encabezar el ejército; los arranques de los villareños, con la sobriedad de Gutierrez, la pureza de Honorato Castillo, el radicalismo de Lorda, la frase galana de Machado, la majestad de Ignacio Agramonte, la grandilocuencia de Antonio Zambrana; la fraternidad de Tomás y Cristóbal Mendoza, la cultura de Fornaris, los chispazos de Chicho Valdés, el tesón del immaculado Salvador Cisneros Betancourt; todo fué elocuente y elevado y conmovedor el incidente del polaco Roloff, que, sin patria, ofrecía á un pueblo esclavo como el suyo propio su espada y su vida; y en pocas frases, pero rebosando de un hondo sentimiento, juró morir por la bandera tricolor, emblema de su segunda patria.

La mujer también contribuyó á la imponente ceremonia: de los labios de una cubana entusiasta brotaron las palabras sentidas y de alto vuelo que pedía que cuando la Isla entera gozase de libertad, á la mujer también se la diera, completando así la obra de devolver á los habitantes todos de Cuba, fuese cualquiera su nacimiento, sexo ó condición, los derechos que á la humanidad corresponden, derechos hasta entonces conculcados impunemente por un gobierno tiránico. Ana Betancourt de Mora, joven, hermosa fué el verbo de las cubanas. En la tribuna improvisada, erguido su cuerpo escultural, con sus cabellos negros al viento, el rostro más bello que nunca, parecía en medio de la naturaleza espléndida, rodeada de aquella legión de batalladores heroicos, militares y civiles, la patria misma, arrogante, encantadora, pidiendo, á sus hijos su redención! La mano fina, extendida, juraba la nueva ley de la guerra de su amor; los ojos negros y expresivos eran como brillantes; parecía como más alta á medida que su voz temblorosa y débil se tornaba en raudal sereno y vibrante de notas armoniosas y dulces. En su arranque sobrio y feliz, dijo:

« Ciudadanos: La mujer cubana en el rincón oscuro y tranquilo del hogar esperaba paciente y resignada esta hora sublime, en que una revolución justa rompe su yugo, le desata las alas.

Todo era esclavo en Cuba: la cuna, el color, el sexo.

Vosotros queis destruir la esclavitud de la cuna, peleando hasta morir si es necesario.

La esclavitud del color no existe ya, habeis emancipado al siervo.

Cuando llegue el momento de libertar á la mujer, el cubano que ha echado alajo la esclavitud de la cuna y la esclavitud del color, consagrará también su alma generosa á la conquista de los derechos de la que es hoy en la guerra su hermana de caridad, abnegada, que mañana será, como fué ayer, su compañera ejemplar! »

Guáimaro entero vitoreó sus últimas frases. El Presidente de la república, Carlos Manuel de Céspedes, abrazándola, la felicitaba con estas palabras:

« El historiador cubano, al escribir sobre este día decisivo de nuestra vida política, dirá cómo usted, adelantándose á sus tiempos, pidió la emancipación de la mujer. »

(Continuará.)



Títulos en este número

De José Martí

Bases del Partido Revolucionario Cubano I, 279-280

Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití II, 103-106

Los cubanos negros y la revolución ED, 119

Los sucesos del Cayo. En marcha ED, 120

Manifiesto al pueblo de los cubanos de Ocala ED, 48- 49

De otros autores

Marcos Morales ,José González :De Filadelfia, en honor de Valdés Domínguez

Fermín Valdés Domínguez : La mascarilla india

Felipe Santiago Roche: Carta a Juan G. Gómez

Segundo González : Manifiesto de Ocala

Néstor L. Carbonell : Margarita Peña

Sin firma

Directorio del Partido Revolucionario Cubano

Relación de Clubs Cubanos

El 10 de Abril

Cubanos útiles

En casa de Quintero